

RESEÑAS

HAENSCH, G., L. WOLFF, S. ETTINGER y R. WERNER, *La lexicografía. De la lingüística teórica a la lexicografía práctica*. Madrid, Ed. Gredos, 1982; 563 pp. (*Biblioteca Románica Hispánica: Manuales*, 56).

El índice de la obra ofrece una introducción a cargo de G. HAENSCH y L. WOLF; un capítulo sobre "Léxico y teoría general del lenguaje" por R. WERNER (pp. 21-94); una "Tipología de las obras lexicográficas" de G. HAENSCH (pp. 95-187); otro capítulo a cargo de R. WERNER en que toca el tema "La unidad léxica y el lema" (pp. 188-232); la primera contribución de S. ETTINGER acerca de "La formación de palabras y fraseología en la lexicografía" (pp. 23-258); la tercera de WERNER sobre "La definición lexicográfica" (pp. 259-328); la única de L. WOLF —aparte de su colaboración en la introducción— en que desarrolla el tema del "Signo lingüístico y estructuras semánticas" (pp. 329-358); S. ETTINGER trata "La variación lingüística en lexicografía" (pp. 359-394) y, por último, G. HAENSCH da al libro su carácter de manual con sus "Aspectos prácticos de la elaboración de diccionarios" (pp. 395-534).

Ciertamente que, como lo sostienen los autores de esta obra, los estudios lexicográficos dedicados a la lengua española y a la comunidad hispánica son escasos, de modo paralelo a la relativa pobreza con que el español se ve documentado y descrito en trabajos lexicográficos. En particular, comparado nuestro conocimiento del léxico español con los que tienen otras comunidades lingüísticas del suyo (la francesa y la inglesa especialmente), hay motivo para que no sólo sean deseables tratamientos metodológicos y teóricos como el que se reseña, sino además urgentes, como lo son también extensos diccionarios de la amplia riqueza léxica del español entre la Península y el continente americano. Por eso los autores de este libro anuncian, en la p. 17 de su introducción, su propósito de contribuir a cubrir esas faltas con una obra introductoria acerca de la lexicografía. Tal determinación, unida al título del volumen, tan atractivo; a su índice, crucial; a la experiencia lexicográfica al menos de Günther Haensch; a la seriedad de la editorial Gredos y a las 563 páginas que lo constituyen, invita al lector

a festejar la aparición de un libro sólido y moderno, que se pueda comparar con el *Manual of Lexicography* (La Haya, 1971) de L. ZGUSTA, con la *Introduction a la lexicographie: le dictionnaire*, de J. y C. DUBOIS (París, 1971) y, en especial, con el fundamental y excelente *Étude linguistique et sémiotique des dictionnaires français contemporains* (La Haya, 1971) de JOSETTE REY-DEBOVE, que son los que hoy en día marcan la pauta en la lexicografía. Desgraciadamente no es así: el libro es fallido en varios aspectos, que reseñaré a continuación.

Ante todo, se trata de un trabajo muy heterogéneo en su composición, en sus puntos de vista y en sus consecuencias para la profesión lexicográfica. Los autores de la obra previenen de la existencia de tal heterogeneidad en su prólogo (p. 8) y concluyen con ella en su epílogo (p. 536). Contra lo que uno estaría dispuesto a suponer, tratándose de un estudio sobre la lexicografía, que normalmente surge del seno de los equipos de trabajo lexicográficos, los cuatro autores del libro no constituyen un equipo, no comparten un mismo pensamiento teórico ni disponen de una metodología común. Así, en tanto que Lothar Wolf y Stephan Ettinger provienen del campo de la romanística orientada al estudio del francés, Haensch y Werner tienen una orientación clara hacia el español. Esto se traduce tanto en la bibliografía que manejan —uno casi no encuentra referencias a la bibliografía hispánica en las contribuciones de los dos primeros— como en los ejemplos que aducen (importante caso el de los ejemplos, pues si normalmente hacen falta para ilustrar un punto teórico, para ilustrar procesos metodológicos de la lexicografía son imprescindibles; y por más que el francés tenga un vocabulario muy similar al del español, un lector hispanohablante no acabará de percibir el contexto total de un vocablo francés, a menos que lo conozca tan bien como a su lengua materna). Por otra parte, mientras que Gunther Haensch es un experimentado lexicógrafo, tanto Reinhold Werner como Wolf y como Ettinger muestran intereses más del orden académico y teórico que práctico. Quizá por eso en el prólogo se anuncia que esta introducción a la lexicografía “busca un término medio entre la investigación lingüística y su ‘aplicabilidad lexicográfica’” (p. 18).

Heterogénea es la obra también en el número de páginas

redactadas por cada autor. Se diría que contiene dos libros y tres artículos: el primero sería de Haensch, un manual práctico de métodos y procedimientos lexicográficos, cercano en utilidad y en espíritu a la antigua *Introducción a la lexicografía moderna* de JULIO CASARES (Madrid, 1954), aunque moderno y actualizado, por lo que no dejará de ser útil a los interesados en la práctica lexicográfica. Los dos capítulos que lo componen suman 231 páginas. El segundo sería el de Werner, una desbalanceada y distorsionada introducción a la semántica, donde los conflictos teóricos no alcanzan a aclararse ni mucho menos a resolverse, a costa de la posible utilidad que podría tener para el principiante en lexicografía¹. En él se van 186 pági-

¹ El conjunto de los capítulos redactados por Werner forma una clara unidad. A base particularmente del manejo de una bibliografía alemana —de ambas repúblicas—, casi en su totalidad desconocida para el público hispanohablante, propone Werner una teoría no saussureana de la lengua. Si toda la semántica europea moderna abreva en la definición saussureana del signo lingüístico como la unión de dos planos, el del significado y el del significante, Werner se orienta a lo que él llama una "teoría monolateral" del signo, en que se toma como único hecho de partida la emisión sonora. La idea no es nueva, pues en la lingüística norteamericana, desde Bloomfield, es la corriente. Su posibilidad no da lugar a dudas, como que la misma lingüística norteamericana lo demuestra en su tratamiento de la semántica, desde Bloomfield y Harris hasta Katz y Fodor. Pero también es cierto que la relación entre emisión sonora y significado —que maneja el propio Bloomfield, pero como dato heurístico ajeno a la teoría— se constituye en un problema serio, pues entonces hay que explicar cómo se relacionan los sonidos con los comportamientos a que da lugar su recepción por una persona. Bloomfield, como es sabido, pospuso la respuesta a un momento ulterior, en que el resto de las ciencias pudieran dar cuenta del proceso cerebral que, en último término, es el que asocia significante y significado. Otros lingüistas posteriores han preferido asumir el hueco teórico. Se puede pensar que la motivación para basarse solamente en la emisión sonora es del orden filosófico: una ciencia empírica y materialista no puede permitirse el mentalismo de los conceptos. Sólo que entonces su tratamiento del significado se ve alterado, pues seguimos sin tener una respuesta neurológica. El caso de Werner es diferente, pues utiliza constantemente la terminología "mentalista" de base saussureana y se permite hablar con toda naturalidad de "conceptos". He aquí un ejemplo: "El concepto del emisor del signo no es [...] asequible directamente al receptor del signo. Éste puede, no obstante, relacionar el semema —el cual puede inferir de una forma de signo, a través del código— con un concepto propio: es decir, al captar un semema, puede realizar elementos noéticos que no se descubren mediante el análisis de una sola lengua, pero que pueden ser intersubjetivos, y de los cuales, en realidad, no puede saber si son diferenciados por el emisor del signo" (pp. 34-35). Los términos mentalistas

nas. Los artículos son dos de Ettinger (cincuenta páginas en total): en el primero, desarrolla la idea de basar la investiga-

están aquí: concepto, signo, semema y noema. El modelo de comunicación es semejante al saussureano: un emisor hace llegar sus conceptos a otro mediante cadenas sonoras y el otro las descodifica para comprender su significado. En la semántica estructural europea, el semema es una composición de rasgos significativos del orden estructural y no se lo postula como idéntico al concepto; en la semántica de KLAUS HEGER (*Monem, Wort, Satz und Text*, Tübingen, 1977, pero también en *Teoría semántica II*, Madrid, 1976) cuyo modelo incluye Werner en pp. 35-39, el semema es del orden del sistema lingüístico, del orden de las posibilidades, y al actualizarse en un signo se convierte en significado del signo, por lo que no es posible captar directamente el semema, sino el signo en su totalidad (es decir, ambas caras). El semema es, para Heger, una unidad immanente a una sola lengua para el *andlisis*, es decir, para un lingüista, no para un hablante común y corriente; se puede *postular* una unidad de carácter universal, *construida* con métodos onomasiológicos, que es el noema; por eso no se descubre en una sola lengua directamente. En el análisis se puede encontrar que el noema es sema de un semema. Semema, sema y noema son construcciones teóricas acerca de cuya existencia mental no se hace ninguna afirmación; por eso no se les llama simplemente conceptos. En una lingüística antimentalista se debiera tomar una posición con respecto a la existencia o no de los conceptos, y no darlos por sentados. En una lingüística monolateral, se debieran eliminar todas las construcciones teóricas que implican la existencia de un signo bilateral. Al no hacerlo Werner, lo que queda es la ensalada que he citado. Ensalada en que los planos del fenómeno y del análisis quedan confusamente mezclados. Werner parece creer en la existencia de los conceptos, pues solamente así se podría afirmar que "los conceptos no siempre pueden ser denominados por el emisor de manera *exacta* a través de formas de signos" (p. 34; el subrayado es mío). Suena al viejísimo modelo mentalista que supone la existencia de una conceptualización muy clara en la mente del hablante y que considera la lengua como una especie de nomenclatura con que se da un vestido sonoro a *lo que uno quiere decir*. En ese modelo, la lengua es siempre una traducción del concepto preexistente y, como tal, traición; por eso nunca hay una denominación *exacta* del concepto. De ser esa la idea de Werner, tenemos una muestra de lo que suele acontecer con varios materialistas: que crean una metafísica de la materia en el mejor de los estilos idealistas.—El uso de la terminología estructuralista da lugar constantemente a confusiones o a dificultades de interpretación: por *monema* entiende la unidad mínima de primera articulación, pero da como monemas *trabajo*, *hombre* o *billete*. ¿No es confuso: "Estas letras y sonidos distintos [grafemas y fonemas, que acaba de introducir] de monemas tienen un claro carácter de signo lingüístico. Para diferenciarlos de las unidades de significante definidas más arriba los llamaremos *distinguemas*" (p. 72)?—La obra de Klaus Heger antes citada constituye el núcleo de su preocupación: introduce el modelo de trapezio, adopta su terminología (signema, distinguema, etc.), pero encuentra a cada paso motivos de polémica: la distinción entre inventarios abier-

ción de la formación de palabras en la teoría semántica de EUGENIO COSERIU (*Principios de semántica estructural*, Ma-

tos y cerrados: "No existen las clases cerradas en el sentido de inventarios estrictamente limitados" (?), pero "es cierto que en todas las lenguas estudiadas se dan ampliaciones de vocabulario en algunas categorías gramaticales con mucha mayor frecuencia que en otras" (p. 197). Me gustaría saber qué novedades tiene el español en sus paradigmas de conjunción, pronombres, etc.—Ataca la idea de Heger sobre los monemas cuyo semema es exclusivamente reflexivo metalingüístico, a propósito de la segmentación del tipo *cantabant* en la que Heger propone un monema *-a-* con un semema que refiere exclusivamente al paradigma de conjunción de los verbos latinos terminados en *-are-* porque "opera de manera inadmisibles con el concepto del 'metalenguaje'. Que algunos monemas puedan combinarse con otros monemas determinados o solamente con ellos, es decir, que pertenecen a clases determinadas de paradigmas, es una afirmación hecha en el metalenguaje de la descripción lingüística, sobre elementos del lenguaje objeto". Lo que juzga inadmisibles es que un monema tenga un semema que consiste en una información "sobre el mismo significante", es decir, que su referencia no sea externa a la lengua, sino reflexiva (p. 201). No veo cuál es el problema, si esa afirmación está hecha precisamente en el "metalenguaje de la descripción lingüística" para resolver un problema de segmentación. Se habría ahorrado dificultades proponiendo, simplemente, otra segmentación, como lo hacen muchos lingüistas: para *cantare*, dos alomorfos: *cant-* y *canta-*. Lo que sabe cualquier lingüista descriptivo es que la definición de los monemas en una lengua particular depende, a fin de cuentas, de un cálculo de eficacia de la descripción. ¡Veinte páginas de una "introducción" destinadas a un debate sobre un detalle! Posteriormente vuelve a la carga con una discusión sobre polisemia y homonimia, y parece sostener que es un pseudoproblema determinado por la teoría bilateral del signo: "Al sustituir la teoría de la unidad del significante y del significado por el concepto de la atribución recíproca del significante y del significado, no hay por qué reunir varios sememas en un significado (tengan sememas comunes o no). Entonces se pueden atribuir, en principio, varios sememas a un solo significante, y asimismo se pueden atribuir varios significantes a un solo semema, de modo que tanto la distinción entre polisemia y homonimia como la de polisemia y polimorfismo resulta superflua" (p. 313). Me temo que Reinhold Werner ha caído víctima de su propia polémica; si lo anterior tiene algún sentido es éste: Como Klaus Heger ha sostenido que, para respetar la "metáfora de la hoja" en la definición saussureana del signo (significado y significante son dos caras del mismo signo) es necesario proponer un "principio de consustancialidad cuantitativa", y para ello y para poder resolver la aparente contradicción entre esa teoría del signo y la existencia de la polisemia —varias acepciones, digámoslo en lexicógrafos, para una misma palabra— propone su modelo de trapezio, Werner piensa que el problema de la polisemia está determinado por la consustancialidad cuantitativa: eliminando la consustancialidad se elimina el problema. Lo malo es que no fue Heger quien inventó el problema, sino que lo recogió de una larga tradición lexicográfica. Sea con consus-

drid, 1977): en el segundo, plantea los rasgos generales de la representatividad del léxico en relación con regiones geográficas y grupos sociales, y en cuanto a los insolubles problemas normativos que acarrea la selección de entradas en un diccionario². El trabajo de Wolf, por último, constituye una intro-

tancialidad o sea con "atribución recíproca" (lo que sea que ello quiera decir) la cuestión sigue siendo la misma: Sobre qué base se puede establecer la distinción entre polisemia y homonimia: un vocablo con varias acepciones o un vocablo para cada acepción. De optarse por la existencia teórica de la polisemia, habría en un diccionario, por ejemplo, una entrada *cálculo* con, al menos, dos acepciones: 'operación matemática' y 'acumulación de sales en un órgano animal'; de optarse por la solución homonímica habría dos entradas homógrafas. El problema no consiste en el modelo que se escoja para explicarlo; por eso Werner no ha encontrado la solución que pretende. Indudablemente que el papel que juega la cultura lingüística —que es cultura, no irreflexión— es determinante: es el saber de cada hablante —y el lexicógrafo, como el lingüista, es hablante— el que opta por ver un caso de polisemia o un caso de homonimia en cada ejemplo concreto. Decir cultura es decir historia. Lo que vuelve irresoluble el problema es el dogma sincronicista en que nos movemos hoy en día. El último capítulo redactado por Werner, sobre la definición lexicográfica, no es polémico, sino que ofrece un panorama bien estructurado de los problemas de la definición de diccionario.

2 "La variación lingüística en lexicografía" es también una exposición de las creencias más extendidas sobre la normatividad y la estadística entre los lingüistas. Vale la pena hacer unas cuantas precisiones, tanto porque hay suficiente bibliografía que profundiza en ambos temas, como porque me veo citado en la parte sobre estadística: Ettinger es de los que creen que una norma es un uso generalizado; para referirse a esa clase de uso opta por el concepto de norma estadística. Supone que los usos más comunes entre los hablantes en una comunidad lingüística son los que fijan su norma. En mi libro *El concepto de norma en lingüística* (México, 1976) ofrecí bastantes razones para descartar esa creencia acerca de lo que es una norma, pero no he sido el único en hacerlo. Contemporáneamente con él, el grupo de lingüística social de Rouen, dirigido por J. B. Marcellesi, publicó un conjunto de estudios al respecto y con el nombre de *La norme*. Recientemente —por desgracia después de la aparición del libro que estoy reseñando— publiqué "Activité normative, anglicismes et mots indigènes dans le *Dictionario del español de México*", en el volumen reunido por J. MAURIS y E. BEDARD, *La norme linguistique* (Québec, 1983). Los usos lingüísticos de una comunidad no reflejan necesariamente una norma, sino diversos procesos sociales de comunicación. Las normas son esencialmente productos sociales, nacidos de una evaluación del habla y de la lengua, basada en muy diversos órdenes de la superestructura social. Historia, ideología y estamento social son, generalmente, motores de la formación de normas. No hay normas que surjan en la espontaneidad del uso; por eso, al contrario de lo que afirma Ettinger (p. 376), "la calidad histórica y moral de una norma lingüística" sí im-

ducción que yo llamaría “canónica” a la semántica estructural europea, a base del modelo de signo de Bühler, de las teorías

porta en absoluto: es lo único que importa para los hablantes. Tratar de eliminar este aspecto del estudio de la normatividad lingüística es eliminar toda posible explicación de la existencia de las normas.—El estudio estadístico del léxico puede tener varios fines; en el caso del DEM, es la única base segura de recolección del vocabulario, porque se trata de estudiar el uso del español mexicano, acerca del cual no hay —no había, en 1973— estudios de esa clase. En ningún momento se ha pretendido que los datos estadísticos suplanten a la normatividad. La estadística lingüística tiene importantes limitaciones (cf. el artículo citado por Ettinger, de L. F. LARA y R. HAM CHANDE, “Base estadística del *Diccionario del español de México*”, en la *NRFH*, 23 (1974), pero también en L. F. LARA, I. GARCÍA HIDALGO y R. HAM, *Investigaciones lingüísticas en lexicografía*, México, 1980, donde además R. Ham ofrece otras conclusiones al respecto en “Del 1 al 100 en lexicografía”); la principal es que es imposible recolectar un número de vocablos tan grande como el que requiere un diccionario y que resulte estadísticamente valioso. Más allá del rango de los 5 000 vocablos, los datos cuantitativos son insuficientes como tales, aunque puedan servir como registros, de acuerdo con el método filológico tradicional. Por eso un método estadístico se debe seleccionar de acuerdo con el objetivo que se persiga y no como una condición *sine qua non* para la lexicografía. En el caso del DEM, la selección del método y la repartición de poblaciones estadísticas para el estudio —nuestros “géneros”— fue arbitraria, por supuesto, pero se suponía *adecuada* —un concepto casi nunca tomado en serio por los lingüistas— a los objetivos deseados y a la hipótesis sociolingüística que se formuló (y se explicó en el mismo artículo) en relación con los usos del español en México (en los niveles diatópicos, diastráticos y diafásicos de la comunidad nacional). El estudio de Ham arriba citado se ocupa de la adecuación obtenida.—Hay afirmaciones de Ettinger que merecerían más explicaciones: en la p. 382 sostiene que las “diferencias diatópicas” de los países hispanoamericanos “no experimentaron una evolución más profunda hasta que los territorios donde se hablaban accedieron a la independencia política”. Me gustaría saber de dónde llega a esa conclusión. La investigación dialectológica más bien señala lo contrario: las diferencias regionales en Hispanoamérica se produjeron durante las diversas etapas de la colonización; después de la independencia y al crearse las unidades nacionales, se han comenzado a borrar muchas diferencias, al grado de que me parece que el español está más unido hoy en día que hace un siglo.—Por último, una voz de alarma ante el peligro de las extrapolaciones acríticas en lingüística: en la p. 385 sostiene que es un “hecho, ya conocido por todos, que el hablante de una capa social alta posee un ‘código elaborado’ mientras que el hablante de una capa social baja tiene un ‘código restringido’”. Supongo que se refiere a las conclusiones de Basil Bernstein en su estudio sobre las clases burguesa y obrera en Inglaterra y a otras contribuciones del mismo tipo hechas por Oevermann en Alemania. De ser así —y si no, más vale no usar esos términos—, aparte de que los trabajos de Bernstein y Oevermann han sido muy criticados —y con razón— tanto por los métodos apli-

del campo semántico desarrolladas por Pottier, Baldinger, Heger y Coseriu, y del "sistema conceptual" propuesto hace ya tres decenios por WARTBURG y HALLIG (*Begriffssystem als Grundlage für die Lexicographie*, Berlin, 1952)³.

Entre el tratamiento lingüístico de los temas léxicos y las recomendaciones prácticas lexicográficas no se establece el buscado término medio. En todo caso toca al lector que quiera seguir las ideas de los autores de la obra ponerse a trabajar en ellas para poderlas aplicar. Por el contrario, encuentra uno sorprendentes afirmaciones a propósito de lo que es la lengua y la lingüística, de lo que debe hacer la lexicografía y de lo que hace en realidad. Así por ejemplo, después de setenta páginas correspondientes al capítulo "Léxico y teoría general del lenguaje", en las que se dedicaron treinta de ellas a las posibles interpretaciones pragmáticas de una emisión lingüística, el tema del léxico se despacha en una página y solamente nos enteramos de que léxico es "el conjunto de monemas y sinmonemas del discurso individual" (p. 91). No será sino en el siguiente capítulo de Werner, "La unidad léxica y el lema" donde se amplíe un poco el estudio del léxico y se sostenga que "Sin duda alguna, a primera vista hay muchos argumentos que, desde una perspectiva puramente teórico-lingüística, hablan en favor de la adopción del monema como unidad básica de significante [sic] en la descripción del léxico de una lengua, unidad que se puede definir de modo exacto e igual para todas las lenguas, renunciando a la unidad 'palabra' en sentido tradicional" (p. 224). Si no se ha puesto en práctica esta conclusión "teórico-lingüística" es por las limitaciones prácticas y

cados como por la ideología que subyace a ellos, Ettinger está contribuyendo a una actitud gravísima, por lo menos en Hispanoamérica, que consiste en suponer, primero, que nuestras sociedades tienen una estamentación como la inglesa; después, que como la mayoría de la población es de "clase baja" (indios, campesinos pobres, obreros), los pedagogos traten de implementar métodos de educación compensatoria para paliar la tara biológica que crea el código restringido, según Bernstein. Ya William Labov atacó suficientemente esa idea con estudios reales en la población negra de los Estados Unidos. Esta clase de estudios sociológicos requiere de criterios sólidos que los juzguen y de responsabilidad por parte de los lingüistas.

³ En mi trabajo "Del análisis semántico en lexicografía", incluido en el volumen arriba citado de *Investigaciones lingüísticas en lexicografía*, ofrezco argumentos en contra de las posibilidades de "aplicación" de la teoría de los campos semánticos en la elaboración de diccionarios.

comerciales de la lexicografía y porque "incluso allí donde la instrucción para el uso de los signos lingüísticos alcanza un alto grado de sistematización [...], la unidad 'palabra' desempeña un papel primordial; en parte, por falta de reflexión lingüística; en parte, a pesar de toda reflexión lingüística" (p. 227). En otro lugar Werner afirma que "al lingüista le interesa [...] el uso de los signos lingüísticos, no de una persona en un período determinado, sino de un grupo más amplio de personas, de una colectividad humana definida de algún modo. Esta tarea no encierra casi ningún problema teórico, por lo que se refiere a la descripción de los signos lingüísticos y reglas lingüísticas usados por una colectividad humana" (p. 76; con tal idea, es inexplicable que la lingüística todavía hoy esté preocupada por el qué y el cómo de la descripción). La conclusión de todo el libro es una disculpa de la lexicografía: "En otros casos [la mayoría] hemos visto que la lexicografía no puede llevar a la práctica todos los postulados formulados por los lingüistas, no sólo por las limitaciones materiales ya mencionadas sino también porque el diccionario, que se dirige a un público no iniciado en la lingüística (el 99.9%), no puede exigir del usuario que se familiarice con todo un complejo sistema de reglas de uso y términos complejos" (p. 536).

Lo que subyace en este libro, como en general en toda consideración de la lexicografía —pues hay que reconocer que la idea está por completo extendida— es una creencia jamás puesta en duda acerca del carácter verdadero y científico de la lingüística. Hemos llegado al momento en que los lingüistas, después de muchos años de verse menospreciados por otros científicos, se sienten ufanos de sus logros. Indudablemente que el estado teórico y metodológico de la lingüística es considerable y vigoroso (aunque no en todos sus campos, particularmente en el semántico, que es el que interesa en lexicografía), pero junto con ese desarrollo está apareciendo una confianza acrítica en sus capacidades. Así, no se pone en duda que la unidad *palabra* deba eliminarse o dejarse como error social, que se perdona indulgentemente a los hablantes. Tampoco se ha puesto en duda el valor de la teoría de los campos semánticos, ni la existencia de las unidades significativas mínimas y pertinentes definidas como semas. Por el contrario, la experiencia acumulada de la lexicografía, el hecho, que debiera resultar asombroso para un lingüista, de que los diccionarios constituyen repre-

sentaciones generales y sancionadas por su valor social del significado de una lengua, no se llega a considerar siquiera como fenómeno lingüístico que requiera una explicación. En esa situación es imposible un "término medio" entre lingüística y lexicografía: la lingüística no está en posibilidades de transigir en ello. Pero ¿es deseable un término medio? ¿En qué podría consistir? ¿En preferir los monemas y contentarse con las palabras? ¿En pretender la descripción del significado y darse por satisfechos con su pura interpretación? ¿En defender el procedimiento estadístico para la recolección de entradas y aceptar su posterior desmembración por la entrada de otros criterios de selección? No. Me parece que no se trata de ello. La lingüística es una ciencia que se quiere radicalmente sistemática, rigurosa, objetiva y empírica, por lo que no puede dar lugar a transacciones de esa clase. Más bien el contacto de la lexicografía con la lingüística debiera darse como una confrontación crítica entre dos disciplinas de la lengua. La lingüística tiene un compromiso empírico y lo que la lexicografía le ha venido ofreciendo hasta el cansancio es una enorme riqueza de datos complejos de la realidad verbal. La lingüística busca una teoría del significado y la lexicografía tiene una práctica significativa que enseñar. Si la teoría del campo semántico no es "aplicable" en lexicografía, el problema es de la teoría, porque el hecho es que un diccionario describe significados, ofrece rasgos pertinentes de las palabras y dirige la comprensión de la lengua entre sus hablantes. Por el otro lado, la lexicografía tiene delante una panoplia de recursos elaborados por la lingüística que le permite cumplir mejor sus objetivos y someter a crítica sus concepciones. Por eso la teoría semántica está siempre presente en las preocupaciones del lexicógrafo. Por eso la estadística se le presenta como conflicto. Por eso la normatividad lo pone en crisis.

Por último, hay que señalar que, como el libro carece de una bibliografía general, pues se ha optado por introducir los datos bibliográficos necesarios como notas de pie de página, no logra uno formarse una visión de conjunto de sus fuentes. Además, el sistema de referencias bibliográficas no tiene un método preciso; se introduce una obra en un capítulo por primera vez en él y se ofrecen todos sus datos bibliográficos, pero más tarde, cuando se la vuelve a citar, sólo aparece un

vocablo abreviado, cuyo significado tiene uno que adivinar. Así, es mucho trabajo el que tiene que tomarse el lector para reconstruir constantemente las referencias bibliográficas.

Aunque no aparece un traductor de la obra, el estilo en que está escrita es tan pesado y en varios momentos tan confuso, que uno estaría dispuesto a criticar al responsable de esta versión española de varios supuestos textos alemanes.

En conclusión, la obra no cumple con lo que promete. Todavía hace falta un verdadero texto de método lexicográfico que supere al de Casares; mientras tanto, habrá que seguir leyendo a Rey-Debove, los Dubois y Zgusta.

LUIS FERNANDO LARA

El Colegio de México.

MARÍA BEATRIZ FONTANELLA DE WEINBERG, *Adquisición fonológica en español bonaerense*. Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 1981; 44 p.

En este estudio hace la autora una descripción detallada del proceso de adquisición fonológica de su hijo Gabriel a lo largo de los doce meses posteriores a la emisión de su primera palabra. Sigue, en términos generales, el análisis empleado por Ferguson y Farwell ("Words and sounds in early language acquisition", *Language*, 51, 419-430); toma la palabra como unidad de análisis y ésta se ajusta a los cinco rasgos que la definen en el estudio de los Labov ("The phonetics of *cat* and *mama*", *Language* 54, 1978, 816-852).

Esta descripción, que parte de una metodología en que se toma como muestra un solo informante, permite a la autora, por una parte, corroborar hipótesis ya planteadas en estudios empíricos que parten de muestras más amplias, como es el caso del notable desarrollo de las consonantes labiales (no sólo las dos primeras clases fonéticas que aparecen son labiales, sino que a los 12 meses encuentra que cinco de las seis clases existentes en ese momento son labiales), hecho que coincide con los resultados obtenidos por Mac-Ken y Barton (1979) en un estudio sobre la adquisición del contraste de sonoridad en español, realizado con base en la observación de cuatro niños.